

Rosario, 26 de marzo de 2020

María Laura Crespín, Psicóloga y Esp. en Psicología Clínica, Institucional y Comunitaria. Docente de la cátedra Intervenciones en Niñez y Adolescencia de la Facultad de Psicología, UNR. Desarrolló prácticas como psicóloga en dispositivos de salud ligados a la primera infancia, abordando las vicisitudes en los lazos familiares en tiempos de internación de un niño/a. Sostiene una práctica clínica con niños, adolescentes y adultos. Integra equipo de investigación interdisciplinario ligado a problemáticas en el campo educativo y a su vez continúa formándose en Educación Superior.

Invitar al mañana

“El futuro no se predice, se imagina”

ALICIA STOLKINER¹

A partir de lo leído en las experiencias narradas por amigos/as, colegas, en este momento de pandemia, quiero transmitir algunas ideas vinculadas a posibles construcciones futuras que expresan l@s niñ@s en tiempos de aislamiento y quizás pueden dar alguna llave para no abandonar nuestra capacidad pensante.

Quiero mencionar aquí en el texto esas narraciones que suceden como relumbrones en medio del aislamiento preventivo y obligatorio y que de alguna manera me invitaron a pensar.

En un video casero una niña de 4 años, que mientras va armando tortitas, sosteniendo la masa entre sus manos, una arriba de la otra, aclara a quienes están dirigidas “- son para mis amigas”, entonces pienso que se imagina un afuera, a través de una elaboración (las tortitas) y que al mismo tiempo es una cocción para otros/as. Es una preparación para otr@s, que se amasa ahora, con cuidado pero para dar/entregar más adelante.

¹ <https://www.youtube.com/watch?v=WmcRM7T7pGg>

En un mensaje de audio una niña de 5 años dice:

- Chicas, ¿podemos juntarnos? , y aclara - cuando termine la cuarentena, ¿qué tal si nos juntamos, todas, pero todas –enfatisa- para hacer un picnic , al parque o acá a mi casa, no sé a qué casa quieren ir , pero podemos ir también al parque , que es libre, cuando termine la cuarentena poder hacer un picnic. Para finalizar, las saluda “hasta mañana. -un beso enorme, chau, que estén bien”.

Otra niña de 6 años, en su casa, construye una nave espacial, que va más allá del planeta tierra, a la inmensidad del universo, de cartón, con botones de colores y todo.

Hace unos días me llamó la atención un sonido , me dí cuenta que era el sonido que hacen las piedras en la chapa, salgo a ver por la ventana y veo dos chicos , sentados en la terraza, tranquilos, charlando y a la vez , y de a una por vez iban lanzando piedritas.

Inmediatamente recordé el inicio del capítulo 2 del libro “Gramática de la fantasía” de Gianni Rodari. “Una piedra arrojada a un estanque provoca ondas concéntricas que se expanden sobre su superficie, afectando su movimiento, a distancias variadas, con diversos efectos...” Ese gesto de arrojar la piedra, no es a la nada, o cuando se tira una piedra al agua, cuidando el modo de agarre de la piedra, la distancia, la ubicación del cuerpo, ¿no se está buscando el efecto sapito? Al caer en la chapa, nada se mueve pero sí hay una dirección intencionada, la de quien la tira. En el agua se producen innumerables movimientos que afectan “(...) al barquito de papel y a la canoa del pescador”, entre otros. Y es ahí donde la metáfora, que me parece bellísima, acerca del movimiento en el agua a partir de una piedrita arrojada me arrima a la idea de cómo aquello que irrumpe y entorpece un tiempo “organizado”, como la situación de pandemia en nuestros ritmos habituales, puede a la vez *incubar* a través de las medidas de protección, cercanías con los afectos, la invención de un espacio otro, invitando por ejemplo a una comidita para mañana o a un viaje por el espacio. Es que como dice Rodari en relación al revuelvo en el agua, “objetos que estaban cada uno por su lado, son llamados a la vida, obligados a reaccionar, a entrar en relación...”.

¿Qué recurso psíquico construye un niño en ese arrojar, dejar caer la piedrita? Quizás moviliza el aislamiento que puede tornarse paralizante, generando una movilidad por

dentro, una actividad psíquica que permita construir un afuera más allá de la situación disruptiva presente, dando tiempo para la elaboración.

Macelo Percia dijo hace poco días en las redes, hoy estamos en un tiempo de distancias decididas en común, en donde se da lugar a la entrada de un “tiempo no apurado”, como dijo Ana Bloj en una entrevista, recuperando a María Elena Walsh.

Y recordé un relato breve de María Elena Walsh (La Plapla), en donde a un niño llamado Felipito Tacatún, mientras hacía sus deberes, se le aparece de manera muy particular una letra, escrita por él mismo. Una letra que “se despatarraba toda y se ponía a caminar muy oronda por el cuaderno”. Que luego adquiere cuerpo y voz y se le presenta al niño.

“–Soy una Plapla.

– ¿Una Plapla? – preguntó Felipito asustadísimo –¿Qué es eso?

– ¿No acabo de decirte? Una Plapla soy yo”.

“El desconcierto se hizo presente en Felipito,...”

“– ¡Señorita, mire la Plapla, mire la Plapla!” Esto causa gran revuelo entre sus compañeros, con la seño, en el colegio”.

Al final la maestra la guarda en una cajita, podría decir; la conserva y resguarda.

Hacia el final del relato, la voz del narrador hace una pregunta al lector al mismo tiempo que da una afirmación “Las letras no han sido hechas para bailar, sino para quedarse quietas una al lado de la otra, ¿no?”.

Entonces pienso, que ante ese gesto de la señorita, que conserva en una cajita el revuelo de la Plapla, ésta sigue “bailando y patinando por la página y jugando a la rayuela con los renglones”, cada vez que la escribe un niño.

Y vuelvo a los chicos en la terraza. Aquellas piedritas, al caer en la chapa no producen un movimiento en el metal, pero si indican una dirección, quizás algo torpe, en el sentido de que se arroja una piedrita que hace tope y rebota con la chapa. Pero en el gesto de arrojar las piedritas sigue insistiendo la búsqueda de un lugar posible; gesto cargado de vida que quizás mañana sea el sonido de una piedra arrojada en el agua, pero que mientras tanto suena a Plapla.